Jesús sabe que ha llegado su tiempo
y por eso quiere celebrar con sus discípulos esa cena
verdaderamente pascual,
ya que se trata del paso inminente y amarguísimo
de la muerte,
que es el paso de su entrega total,
que es el paso a ti, su Padre,
y el anticipo de la Pascua eterna.
Ante todo, Jesús quiere celebrar,
no solo ni principalmente porque toca,
sino porque ya se ha puesto en marcha el acontecimiento
que sellará su vida,
un acontecimiento de liberación,
como fue la salida de Egipto, de la casa de la esclavitud,
a la constitución del pueblo de la alianza;
pero este, de liberación radical y definitiva.
Lo que le espera va a ser horrible,
pero él lo quiere celebrar
porque lo horrible va a ser lo que van a hacer con él:
traicionarlo, llevarlo preso, abandonarlo, negarlo,
entregarlo a los romanos para que lo condenen,
sentenciarlo a muerte (percatándose el juez de su inocencia),
torturarlo, burlarse de él, obligarlo a cargar con el madero,
crucificarlo hasta que muera en la tortura.

Eso a él le parece muy mal
y lo va a sumir en la tristeza y la angustia.
Él quiere celebrar que todo lo que van a hacer con él
lo va a afectar tanto que lo va a matar,
pero no lo va a influir en lo más mínimo.
Por el contrario, mientras se consume en el dolor,
se va a consumar su entrega a ti y a nosotros.
Eso es lo que quiere celebrar con toda determinación.
Él sabe que tú no quieres la muerte de nadie
y menos la suya;
tú no quieres que nadie sacrifique a nadie,
no quieres sacrificios sino una relación contigo
confiada y, por eso, obediente.
Tú lo enviaste como novio de la humanidad,
para consumar con tu pueblo la alianza eterna.
Tú no quieres que haya asesinos
y menos aún que los representantes de tu pueblo
te digan que no.
Pero tú sí quieres que tu Hijo no se eche para atrás,
tú sí quieres que tu Hijo entregue su vida
en favor nuestro,
tú sí quieres que muera poniéndose en tus manos,
tú sí quieres que tu Hijo se consume
como Hijo tuyo y como Hermano universal.
Por eso tú también celebras que tu Hijo celebre
esa Pascua definitiva,
tanto para él como para nosotros

y, sobre todo, para ti

¿Y cómo celebra Jesús su Pascua?
El gesto de Jesús, lo que él añade al rito establecido,
lo que constituye propiamente su celebración,
es el acto de tomar el pan y dárselo para que lo coman,
diciendo que eso es su cuerpo;
y tomar luego la copa de vino y decir que la beban
porque esa es su sangre,
la sangre de la nueva alianza
para el perdón de los pecados.
Les da su persona, su vida, para que vivan de ella.
La nueva alianza entre tu pueblo y tú consiste
en que tu Hijo se entrega a él
como vida de su vida.
La alianza, tal como tú la entiendes, no es un mero acuerdo,
mucho menos un negocio,
y muchísimo menos la ley que el fuerte impone al débil;
es una entrega interpersonal
en la que tú tienes la primera palabra,
en la que tú te adelantas a darte,
concretamente nos das a tu Hijo único
y consiguientemente él, como Hijo tuyo querido,
se entrega con toda el alma,
sin que le quede nada por dentro,
y esperáis como contrapartida que nosotros

aceptemos a Jesús, su persona y su vida,
como el tú de nuestra vida,
como la vida de nuestra vida.
Recibir su cuerpo y su sangre
es vivir realmente de ellos,
es trabajar para que esa entrega de él nos moldee
y transforme lo que no armoniza con él.

En eso consiste ser discípulos amados:
ser unas personas en las que el amor de Jesús
lleve la voz cantante
y que respondan a ese amor con todo su ser,
un ser que se va dejando configurar
por el influjo de ese ser querido.
La nueva alianza está absolutamente interiorizada.
Pero eso no significa que sea intimista,
recoleta, autosuficiente,
alejada de todo lo que sucede en su entorno.
Todo lo contrario:
el amor de Jesús es expansivo;
el que recibe el amor de Jesús, lo comunica.
Lo comunica de dos modos: es servicial como Jesús
y además comunica a Jesús, la fuente de su servicio.

Esa entrega de tu Hijo es alianza,
por eso no nos sustituye;
por el contrario, requiere nuestro sí,

un sí dado con toda libertad, como su sí y el tuyo.
Un sí que espera nuestro sí.
Una entrega que espera la nuestra.
La entrega de Jesús es la entrega del Hermano,
no del hermano de nacimiento
sino del que se hizo nuestro Hermano
llevándonos realmente en su corazón
y pidiéndote perdón en primera persona del plural
porque se había hecho uno con nosotros.
Esa entrega estaba triunfando sobre nuestro rechazo,
se mantenía cuando lo traicionábamos o lo negábamos.
La victoria de esa entrega
es la que se simboliza en su darse en el pan y el vino:
se entrega como vida de nuestra vida.
El deseo de Jesús es que nosotros hagamos lo mismo:
que recibamos su entrega
y que nos entreguemos a otros para que tengan vida;
que les entreguemos esa vida que él nos da,
convertida en vida nuestra.
Ese es su deseo, porque en eso consiste nuestro bien.
Pero él no puede hacer más que adelantarse a darse
y ponerse en nuestras manos.
De nosotros depende que esa entrega sea fecunda
o que nos deshumanice al no querer hacerla vida.
Él espera que nuestra decisión sea acoger esa entrega,
espera poder celebrar con nosotros
la Pascua eterna en tu comunidad divina.

Él, al adelantarse a dársenos,
nos posibilita nuestra entrega.
Pero no nos sustituye.
Sería indigno del amor…

Padre de nuestro Señor Jesucristo, desde niños
venimos recibiendo a tu Hijo.
Le estamos agradecidísimos por tanta solicitud y paciencia.
Y te estamos también muy agradecidos a ti,
que nos lo entregas misericordiosamente.
Te pedimos la gracia de recibirlo y entregarlo.
Que reciba a Jesús nuestra sensibilidad,
nuestros deseos, nuestros sueños, nuestros temores;
que lo reciban también nuestras pulsiones,
nuestros impulsos, nuestro cuerpo entero,
con nuestra inteligencia, nuestras expectativas,
nuestra capacidad de valoración,
nuestro horizonte vital,
nuestra respectividad, nuestra tendencia a la compañía.
Que lo recibamos tan enteramente que él sea nuestro tú,
el tú de nuestra vida, de todo nuestro ser.
Que él sea nuestro maestro, nuestro señor,
nuestro amigo, nuestro hermano.
Que nos relacionemos con cada uno
desde esa relación primordial.
Que en él seamos tus hijos;

que en él seamos hermanos de todos:
de nuestros hermanos de carne y sangre,
de nuestros compañeros y amigos,
de aquellos a los que tenemos especial cariño
y también de los desconocidos,
y de los que sentimos diferentes,
y de los que nos caen mal
o nos han ofendido,
e incluso de los que se tienen como enemigos nuestros
o de los que consideramos enemigos del pueblo
y deshumanizados y perniciosos.
Que no tengamos ninguna relación
que no pase por el tú de nuestra vida, que es tu Hijo.
Que, al relacionarnos con cualquiera,
nos relacionemos en tu Hijo Jesús
y que, al relacionarnos con él,
en él incluyamos a todos.
Padre, que lo recibamos completamente
hasta que celebremos con él y con todos
la Pascua eterna en tu comunidad divina.

La alianza eterna que entabla Jesús
tiene que incluir el perdón de los pecados
porque se da en una situación de pecado,
y él no viene a salvar al resto justo
sino a buscar a la oveja perdida,
que, como insiste el papa Francisco, no es una

sino noventa y nueve de cien.
Tu amor y el de tu Hijo no se detienen horrorizados
ante nuestros pecados;
son capaces de acogernos, siendo nosotros pecadores,
y de lograr que su acogida nos rehabilite.
La nueva alianza triunfa sobre nuestros pecados.
Por eso Jesús va a morir pidiéndote perdón
por los que lo habían condenado y lo crucificaban.
El perdón de los pecados es la contraseña
de lo incondicional de su entrega.

Gracias, Padre; muchísimas gracias.
Nosotros no somos los justos que te pedimos recompensa;
no somos los fieles que esperamos el premio.
Somos los pecadores,
que estamos colgados de tu misericordia,
los que esperamos confiados en que tu amor
acabe por rehabilitarnos.
Los que queremos abrirnos a tu amor,
a tu amor definitivo y humanísimo,
manifestado en tu Hijo Jesús, nuestro Hermano.
Te pedimos que comamos y bebamos,
que nos abramos completamente para recibir a Jesús
que se entrega a nosotros,
que nos entrega esa vida que le van a quitar,
que se adelanta a dárnosla

para que los que lo maten
no puedan arrebatarle la vida,
una vida ya entregada,
incluso a los que lo condenan y asesinan,
para el perdón de los pecados.

Pedro Trigo. La pascua orada según los evangelios. Sal Terrae, 49-58